

La calle para el martes 28 de octubre de 2008  
Diario de un espectador  
Castañón por Castañón  
Miguel Ángel Granados Chapa

Poco dado a la autorreferencia, a tomarse como punto de partida para sus reflexiones críticas, Adolfo Castañón se permitió incluir un retrato de su padre, don Jesús Castañón Rodríguez, en su libro *Viaje a México*. No incurrió con ello en un desliz profesional. La semblanza del abogado litigante, historiador, catedrático y bibliófilo (por citar solo algunos de los rasgos que compusieron su biografía) es componente natural de una obra que presenta diversos ángulos de nuestro país, en el que don Jesús representó una generación, una sensibilidad sin las que no se entendería nuestro ser contemporáneo. Lo muestra claramente el hecho de que Castañón hablo de su padre al entregar su biblioteca al Instituto de investigaciones jurídicas de la Universidad nacional, liberalidad y destino propios de un espíritu devoto de la enseñanza pública.

Nacido en la ciudad de México en 1916 y muerto en la misma capital el 12 de julio de 1991, ávido lector desde su niñez, Jesús Castañón reconoció, “iracundo...el abismo que media entre aquel mundo de los libros de aventuras y la muerte a crédito de la historia y la realidad.

“Acaso fue esa conciencia airada la que lo llevó a estudiar leyes (después de hacer estudios de ingeniería eléctrica) al mismo tiempo que se ganaba la vida como inspector en las salas de cine y adquiría experiencia política como dirigente en el sindicato de cinematografistas, pues no era mal orador...Ingresó a la facultad de Derecho en 1939, ahí varios maestros lo distinguieron con su estima: Antonio Martínez Báez, Mario de la Cueva y Virgilio Domínguez...Como veía hormiguar la vida entre los códigos y los libros de jurisprudencia y tenía conciencia vivida de que las batallas de la historia se deciden por segunda vez en los libros, el derecho representaba para él algo tan vivo palpitante como para otros la medicina y la literatura. Le apasionaba dos y tres veces; primero por comprender intelectualmente la lógica –lógica por excelencia tradicional—de los procesos jurídicos; luego por armar y desarmar en el ajedrez de las cortes la conducta del adversario y por acceder, por fin, después de arduas y tenaces confrontaciones a las módicas, pero decisivas, victorias en los tribunales. A sus ojos, más allá de la profesión técnica de la abogacía, no podía haber para el hombre tarea más noble que emprender la lucha por el derecho, para invocar el título clásico de Rudolph Ihering.

También le gustaba jugar al ajedrez con las leyes y las declaraciones y jugar, además, para desfacar entuertos y destronar impostores, ser, en dos palabras, abogado litigante, expresión que él pronunciaba con un orgullo no exento de pudor y que para mí siempre evocó las togas, la atmósfera oscura y magisterial de los grabados de Honoré Daumier. Supongo que además de pelear altivamente por causas en apariencia perdidas y de pugnar por débiles y vencidos en embargos, testamentos, despidos y casaciones, experimentaba no poca fruición intelectual en los acertijos propuestos por la justicia mexicana pues era, ¡claro!, lector voraz de novelas policiales inglesas. De modo que no extraña que la primera admiración que le haya despertado – muy viva— Jorge Luis Borges haya sido como editor de la célebre serie *El séptimo círculo*. Pero la justicia mexicana no estaba tan cerca de los ascéticos laboratorios de John Dickson Carr como de las rancias covachuelas descritas por Benito Pérez Galdós o de las burocracias irracionales e insumisas descritas por Gogol, Dostoievski y Kafka, escritores que en este renglón y en los últimos años le parecían autores más bien bucólicos en vista del inquietante desarrollo alcanzado en nuestros días por el imperio oficinesco. No le parecía filantrópico *El ogro filantrópico* de Octavio Paz, al que leía con minucia y devoción polémica.